

## Los artificios de la inmortalidad: Impresores e impresos novohispanos del siglo XVII

### I

En 1604, alboreando el siglo XVII, las oficinas que Melchior Ocharte había instalado en el convento franciscano de Tlaltelolco, dieron a luz la *Grandeza Mexicana* del bachiller Bernardo de Balbuena. A juicio de muchos, esa relación, compuesta en cincelados versos endecasílabos, de la belleza, prosperidad y buen gobierno de la Ciudad de México constituye uno de los más acabados ejemplos del manierismo hispánico: arte en que se mezcla con armónico artificio la universal erudición con la deslumbrante fantasía.

En el siglo precedente, las imprentas mexicanas habían tenido muy contadas ocasiones de publicar algún texto de índole propiamente literaria o filosófica. Ocupados los españoles en el establecimiento y consolidación de los poderes político-administrativos, así como en las arduas tareas de evangelización de las naciones indígenas y la urgente formación de un clero monástico capaz de extenderla por los vastos territorios conquistados, los talleres de Juan Pablos, Antonio de Espinosa, Pedro Ocharte –padre de Melchior– y Pedro Balli, por sólo mencionar a los más conspicuos, se ocuparon principalmente en la edición de doctrinas cristianas en español, latín y lenguas aborígenes; de los imprescindibles vocabularios de dichas lenguas; de ordenanzas y constituciones reales y arzobispales, así como de numerosos tratados de confesión y otros libros devocionales. Grandes excepciones fueron algunas obras del insigne maestro de filosofía y teología escolástica, el agustino fray Alonso de la Vera Cruz, cuya *Dialectica resolutio cum textu Aristotelis* publicó Juan Pablos en 1554, con alarde tipográfico pocas veces igualado en su tiempo; los *Commentaria in Ludovici Vives Exercitationes Linguae Latinae* del maestro toledano Francisco Cervantes de Salazar, impresa el mismo año con algunos diálogos latinos en que describe –con propósitos didácticos– la recién fundada Universidad de México así como los juegos a que eran afectos sus jóvenes estudiantes. Ya en 1600, impresa por Balli, aparece la anónima *Relación historizada de las exequias funerales de la Majestad del Rey D. Philipo II*, que contiene, además, la crónica del establecimiento del Santo Oficio en

tierras mexicanas, así como el sumario de los autos de fe celebrados en los años precedentes.

Sólo dos obras propiamente literarias salieron de los talleres mexicanos de la decimosexta centuria: la una, conocida hasta ahora sólo por referencias bibliográficas: el *Cancionero espiritual en que se contienen ... unas coplas muy devotas en loor de nuestro señor Jesucristo y de la sacratísima virgen María... con una farsa intitulada el juicio final*, compuesta por fray Bartolomé de las Casas e impresa por Juan Pablos en 1546, que vendría a ser la primera colección de poesías sagradas compilada, si es que no originalmente escrita, en la Nueva España; y la otra, el *Tíumulo imperial de la Ciudad de México* para las honras fúnebres que hizo la Ciudad al Emperador Carlos V, ideado y descrito por Cervantes de Salazar e impreso por Antonio de Espinosa en 1560<sup>1</sup>, primera y espléndida muestra de lo que serían las pormenorizadas relaciones de aquellos espectaculares festejos civiles y religiosos que tanto abundaron a lo largo de los siglos coloniales.

Pero el siglo XVII se iniciaba bajo nuevos auspicios. No es que los afanes de dominio político y religioso hubiesen cambiado de tono o de propósito, sino que México-Tenochtitlan empezaba a vivir una dorada época de prosperidad material que alentaba sin duda los progresos culturales de los ciudadanos más privilegiados (españoles y criollos) y les permitía darse al disfrute de todas aquellas "ocasiones de contento" que tanto placían al joven Balbuena, estudiante de los colegios de la Compañía y de la Universidad mexicana y también sacerdote que aspiraba –por el mérito indudable de sus obras poéticas– a alcanzar altos puestos en la jerarquía eclesiástica. Los versos de la *Grandeza Mexicana* describen con ajustada exaltación panegírica una ciudad que ya creía poder compararse con las más famosas metrópolis: se vivía en ella el afiebrado tráfago de la actividad comercial, resonaban en sus bien trazadas calles todas las lenguas conocidas, arribaban a sus puertos los preciados productos de los lugares más prestigiosos y remotos. Y todo ello porque la codicia –motor de la nueva época mercantilista– era el "sol que al mundo vivifica; / quien lo conserva, rige y acrecienta, / lo ampara, lo defiende y fortifica".

No se crea que todo había de venir de ultramar: en México se cultivaban con excelencia aquellos oficios que dependen de "fragua, golpe, estampa, lima, / pincel, gubia, buril, tienda o buhío"; es decir, que se producían aquí hilados y tejidos primorosos, lozas y vidrios "bellos", edificios espléndidamente labrados, pinturas y esculturas "que arrebatan / el alma y pensamiento por los ojos" y, claro está, de

los “abiertos moldes” de no pocas imprentas, surgían los libros, ese “bello artificio que el humano curso/ del mundo en inmortal vida sustenta”. Y asimismo un crecido número de “hombres eminentes/ en toda ciencia y todas facultades”, “monstruos de perfección... en letras humanas y divinas”, se entregaban –dice Balbuena- al permanente rastreo de “verdades”.

¿Y quiénes eran esos impresores y mercaderes de libros que abrieron sus tiendas y oficinas en la ciudad de México durante la decimoséptima centuria? El curioso lector hallará puntuales noticias en la obra de un benemérito bibliógrafo chileno, José Toribio Medina, *La imprenta en México (1539-1821)*<sup>2</sup>. Aquí sólo tenemos espacio para destacar a los más conspicuos de esos impresores. El primero fue Henrico Martínez, de probable origen holandés, cuya actividad se extendió de 1599 a 1611. No sólo impresor, sino hombre de ciencia (cosmógrafo real, director de la obra de desagüe de la laguna de Zumpango e intérprete del Santo Oficio) publicó en 1606 su obra *\*Reportorio de los tiempos y historia natural de la Nueva España*<sup>3</sup> en cuyo prólogo anotó un hecho que, paradójicamente, ratifica y desdice lo expresado por Balbuena: declaraba Henrico no haber impreso antes esa obra suya, no sólo por causa de sus enfermedades, sino por creer que “tendría poca aceptación en una ciudad atareada sólo por el deseo de ganar dinero”.

Entre 1601 y 1615 se documenta la actividad de Diego López Dávalos, que publicó en 1610 una obra de gran relevancia para la literatura novohispana: los *Coloquios espirituales y sacramentales* compuestos por “el divino poeta” Fernán González de Eslava. Y aunque fue poco el tiempo en que ejerció su profesión, Jerónimo Balli, hijo de Pedro Balli, imprimió en 1609 la *Ortografía castellana* de Mateo Alemán. A muchos ha llamado la atención que el autor de la famosa novela picaresca *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (1599), una vez establecido en México hubiese puesto en olvido su éxito como novelista para entregarse a la discusión académica de “puntos de lengua” que él ofrecía como homenaje a los “sutiles y felices ingenios” mexicanos, a quienes deseaba halagar diciéndoles que “de tierra nueva de ayer conquistada sale nueva y verdadera manera de bien escribir para todas las naciones”.

En el taller de López Dávalos –a quien se debe la impresión en 1611 del *\*Camino del cielo en Lengva Mexicana... con todo lo que vn Xpiano deue creer, saber, y obrar, desde el punto en que tiene vso de razon, hasta que muere* compuesto por fray Martín de León- empezó Juan Ruiz su

aprendizaje del arte tipográfico. Con raras lagunas en su actividad, que se extiende hasta 1675, al final de sus días, publicó la *Geográfica descripción de la parte Septentrional, del Polo Artico de la América, y nueva Iglesia de las Indias Occidentales, y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera Valle de Oaxaca* de fray Francisco de Burgoa, obra por la que el impresor debió sentir una especial predilección, toda vez que él también era afecto a las materias astronómicas, al grado de que se le atribuyen muchos de los lunarios que circularon en la época sin nombre de autor.

Juan Blanco de Alcázar es otro de los distinguidos impresores mexicanos del primer tercio del siglo XVII. Hombre de cultura, se le confió la impresión –dice Medina– de obras tan laboriosas como el *\*Sitio, naturaleza y propiedades de esta Ciudad de México. Aguas y Vientos a que esta sujeta y Tiempos del Año* del doctor en medicina Diego de Cisneros, impresa en 1618 con el frontis grabado en cobre por Samuel Estradan y un retrato del autor, también en cobre. En 1683 trasladó su oficina a la Puebla de los Ángeles, donde continuó desarrollando una excelente labor.

Pero fue Bernardo Calderón el fundador de una familia de impresores “la más prolífica del siglo XVII”. Inició sus tareas en 1631 y la continuaron su viuda, doña Paula de Benavides, y los hijos de ese matrimonio, en particular Antonio Calderón, hasta 1703. Doña Paula obtuvo el jugoso privilegio de imprimir en exclusiva las *Cartillas y Doctrinas cristianas*, de gran demanda popular, y en 1645 publicó “a su costa” el hoy rarísimo opúsculo, *Panegírico a la paciencia, donde se libaron las flores estudiosamente escogidas para la vida espiritual, en la erudición de la Divinas letras*, única obra que dejó impresa el notable poeta y dramaturgo criollo Luis de Sandoval Zapata. Y en 1648 dio a luz la *\*Imagen de la Virgen Maria Madre de Guadalupe, Milagrosamente Aparecida en la Ciudad de México*, del presbítero Miguel Sánchez, el primer “evangelista” guadalupano.

La maestría de sus cajistas y la bonanza de su negocio librero convirtieron a doña Paula en una editora muy solicitada. Los más destacados intelectuales mexicanos de ese tiempo vieron sus obras publicadas por la Viuda de Calderón. En 1666, el *\*Llanto de Occidente en el Ocaso del más claro Sol de las Españas*, libro en el que Isidro Sariñana –entonces catedrático de teología en la Universidad y después obispo de Antequera– relató las “fúnebres demostraciones que hizo y la Real Pira que erigió” la Ciudad a la muerte de Felipe IV, libro que –por excepción– reproduce por medio de grabados las pinturas

emblemáticas que adornaron el regio túmulo. En 1677 imprimió los *Villancicos que se cantaron en la Santa Iglesia Catedral de México, a los Maitines del Glorioso Príncipe de la Iglesia, el Señor San Pedro*, de Sor Juana Inés de la Cruz y, en 1690, su *Auto sacramental del Divino Narciso, por alegorías*. Los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, imprimieron los *\*Principia Medicinae, Epitome Et Totius Humani Corporis Fabrica seu ex Microcosmi Armonia Divinum* del médico mexicano Diego Osorio y Peralta; para los cirujanos que no sabían latín, añadió el autor un tratado con la explicación de la anatomía en castellano.

Juan de Rivera, "impresor y mercader de libros", publicó obras de la máxima importancia para la cultura literaria y científica de la Nueva España; en 1680 se hizo cargo de la impresión del *Neptuno alegórico, océano de colores, simulacro político*, arco triunfal para la entrada del virrey Marqués de la Laguna en la ciudad de México cuya ideación y descripción encargó a la Madre Sor Juana Inés de la Cruz su amigo el arzobispo fray Payo Enríquez de Ribera; en 1683, el *\*Triumpho Parthenico* —obra compleja y ambiciosa— en que Sigüenza y Góngora describió los festejos y publicó los certámenes poéticos con que la "Pontificia, Imperial y Regia Academia Mexicana" celebró el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Y al año siguiente, el *\*Parayso Occidental*, donde el mismo Sigüenza narró las piadosas vidas de las monjas del Real Convento de Jesús María.

Tuvieron las mujeres una influencia decisiva en las prosperidad del negocio librero tanto en México como en Puebla; el tema es merecedor de un estudio que no podemos emprender aquí. La viuda de Juan de Ribera, María de Benavides, estampó en 1688 otro "evangelio" guadalupano: *La \*Estrella del Norte de México aparecida... en la cumbre de el cerro de Tepeyacac... a un natural recién convertido*, del padre Francisco de Florencia. En el campo de la medicina, publicó en 1648 *\*De la cualidad manifiesta del Mercurio*, acompañado de un discurso sobre el mal de orina, por el médico Juan Correa. Y ya para finalizar el siglo, en su taller se imprimió el *\*Despertador de noticias teológico morales, que apuntan y despiertan las letras A. B. C, al Cura, al Comisario el Tribunal del Santo Oficio, y al Confesor*, segundo tomo de un vademécum compuesto por el franciscano Clemente Ledesma, cuyo primer tomo había publicado doña María tres años antes.

Impresores de la segunda mitad del siglo XVII fueron Francisco Rodríguez Lupercio y su viuda, en cuyos talleres se estampó en 1681, la *\*Exposición astronómica de el cometa Que el año de 1680... se ha visto en todo el mundo*, del padre Eusebio Francisco Kino, libro que daba pábulo

a las creencias populares acerca de los influjos infaustos de los cometas y suscitó una respuesta polémica de Sigüenza y Góngora en un tratado al que puso por título *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, del que sólo llegó a publicarse tardíamente una parte, la *\*Libra astronómica y philosophica*, cuya edición costó un amigo del autor y fue impresa por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón en 1690. Publicó también Rodríguez Lupercio algunos trabajos sobre materias médicas, uno de ellos el que lleva por título *\*Estudioso discurso, filosofica anatomia y theatro ingenioso de los organos y sentidos interiores y exteriores* de Jerónimo Becerra –que Medina sólo conoció por referencias de Beristain de Souza<sup>4</sup> y, en 1674, entregó una segunda edición del *\*Tesoro de medicinas, para diversas enfermedades* dispuesto por el “venerable varón Gregorio López”, comentado por el médico novohispano José Brizuela.

Juan José Guillena Carrascoso, cuya actividad cubre los últimos veinticinco años del siglo, publicó, entre otros trabajos notables, la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús* del padre Francisco de Florencia, el año de 1694. Durante la última década del siglo, en su taller se imprimieron sermones de Pedro de Avendaño, Miguel de Castilla y muchos más; cite mos en particular el curioso *Destierro de ignorancias Fragmento Aureo... de la juiciosa erudicion Moral del Doctissimo y Religiosissimo P. M. Fr. Raymundo Lumbier*; a quien leyere algún párrafo de esa obra –prometía el padre Prefecto de la Purísima- se le concederían 40 días de indulgencia, pero si llegara a leer toda la obra, las indulgencias aumentarían hasta doscientos ochenta días.

Otros impresores que desarrollaron su actividad en la ciudad del México durante el siglo XVII fueron Cornelio Adriano César, Diego Garrido y su viuda, Francisco Salvago, Pedro Quiñones, Agustín Santiesteban y Bartolomé de Gama. En 1636, Salvago estampó una antología latina para uso de los estudiantes de retórica: *\*Florilgium Ex amoenissimis tam veteram, quam Recentiorum Poetarum hortulos ad vsum studiosae iuuentutis collectum*, con poesías de Ovidio, Horacio, Marcial y epigramas del *Emblematum Liber* de Andrea Alciato, cuya influencia en el arte novohispano se dejó sentir desde mediados del siglos XVI. De la oficina de Gama salió en 1674 una de las hagiografías más exitosas de su tiempo *\*La estrella de Occidente, la Rosa de Lima... Vida y milagros de la Santa Rosa de Sta. María* compuesta por fray Pedro de Castillo.

No podemos dejar de aludir, aunque de manera muy sumaria, a los impresores poblanos<sup>5</sup>. El primero de ellos fue Francisco Robledo

cuya actividad se inició en la ciudad de México en 1640 como Impresor del Secreto del Santo Oficio. En México había impreso, en 1642,\* *Varon de Deseos en que se declaran las tres vias de la vida espiritual, Purgativa, Illuminativa y Vnitiva* que el obispo de Puebla don Juan de Palafox escribió –según se dice– en esta ciudad; en 1644, dio a luz dos importantes obras del Obispo: *Semana Santa inivsticias que intervinieron en la mverte de Christo* y *El Pastor de Nochebuena. Practica breve de las virtudes. Conocimiento facil de los vicios*. Las estrechas relaciones profesionales mantenidas por Robledo con Palafox, hicieron que éste lo invitara a instalarse en Puebla y, en efecto, en 1643 se da como impresa “en la Ciudad de los Ángeles” la *Historia Real Sagrada, Luz de Principes y svbditos* del propio Palafox, quien con sus obras dominaría el panorama editorial de Puebla a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

El licenciado Juan Blanco de Alcázar trabajó también alternativamente en México y en Puebla; abrió su tienda en esta ciudad hacia 1645; ese mismo año imprimió los *Edictos del Illvstrisimo y Reverandissimo Senor Don Ioan de Palafox* relativos al gobierno de su diócesis y, en 1649, los *Pvntos que el Señor Obispo de la Pvebla... dexa encargados y encomendados a las almas de sv cargo, al tiempo de partirse destas Provincias a los Reynos de España*.

Francisco de Borja y Gandía se instaló en Puebla en 1654; continuaron su labor la viuda y el hijo; de sus talleres salió ese mismo año el *Sermón de la Pvrissima Concepcion de la Virgen Maria Nvestra Señora* de Antonio de Castañeda Peralta, pronunciado con ocasión del juramento que hicieron el Deán y el Cabildo de la Catedral de “confesar, defender y celebrar siempre Pura la Concepción de la Madre de Dios”; en 1658, una *Vida, muerte y milagros de S. Francisco Solano, apóstól del Perú*, escrita en verso “lírico castellano” por fray Marcos Chacón, impreso que sólo conocemos por referencias; y el *Atlante alegorico, político diseño del gobierno prudente de un Principe acertado*, libro en el que Diego Galindo Dávila describió “los emblemas y poesías” del arco triunfal dedicado por la Ciudad al Conde de Baños en 1660. En 1662, publicó la *Perfecta religiosa*, vida de la Madre Jerónima de la Asunción, de la Orden de Santa Clara, escrita por fray Bartolomé de Letona, que sería un ambicionado paradigma para las mujeres enclaustradas en los numerosos conventos novohispanos.

Sin embargo, fue Diego Fernández de León el impresor más exitoso de la Puebla de los Ángeles en las dos largas décadas que van de 1683 a 1709; comenzó imprimiendo modestísimos “papeles para convites de entierros”, pero gracias a la adquisición de una “imprenta

plantiniana" —es decir, de tipos fabricadas en Holanda por los herederos de Cristóbal Plantin, el "architypographus" de Felipe II— sus trabajos no tuvieron rival, al punto de que hacia 1692 abrió un taller en la ciudad de México. En su oficina poblana se formaron e imprimieron obras de primordial importancia y excelente factura; en 1690, la *Carta Athenagorica de la Madre Juana Inés de la Cruz*, de tan funestas consecuencias para la monja; ese mismo año publicó la *Octava Maravilla del Nuevo Mundo en la Gran Capilla del Rosario* que contiene los siete sermones predicados con motivo de la dedicación de esa suntuosa capilla barroca; en 1691, los *Villancicos con que se solemnizaron en la Santa Iglesia Cathedral de la Ciudad de Antequera... los Maytines de la Gloriosa Martyr Santa Catharina*, de Sor Juana; en 1692, *\*Luz y methodo de confesar idólatras y destierro de idolatrías* de Diego Jaymes, que no fue la única obra en tratar ese asunto tan preocupante para los obispos. En 1693 publicó las *\*Historias Varias Canonicas moralizadas en sermones* del poeta y orador sagrado Antonio Delgado y Buenrostro y, ese mismo, año el *Arte de la Lengua Mexicana* compuesta por Antonio Vázquez Gastelu. No pocas ganancias obtendría en 1692 con la publicación de libros de devoción tales como la *\*Breve suma de la oración mental y de su exercitacion conforme se practica en los Noviciados de los Carmelitas Descalzos* preparado por fray Juan de la Madre de Dios.

## II

Como el lector habrá podido advertir en el recuento que antecede, los impresos novohispanos del siglo XVII pueden ordenarse en dos grandes grupos ideológicos que responden, a su vez, a las estructuras político-administrativas de la Colonia: los que se relacionan con la esfera de los poderes del Estado y los que responden al dogma y a la política de la Iglesia. Ambas instituciones fueron igualmente poderosas en el mundo colonial; y aunque no siempre anduvieron acordes en sus intereses mundanos, permanecieron sustancialmente unidas en la obediencia al Monarca y a los dictados de la ortodoxia tridentina. Pero, claro está, dentro de esos dos férreos agrupamientos hubo lugar para el despliegue de una amplia variedad de géneros y matices.

Por lo que hace a la producción bibliográfica de carácter civil —esto es, la vinculada con las acciones políticas del estado monárquico o con el despliegue de los intereses culturales de la sociedad— es posible distinguir los siguientes subgéneros. El primero, el de los libros que Ernesto de la Torre llamó *organizativos*<sup>o</sup>, esto es, las compilaciones de

ordenanzas y leyes promulgadas por el Rey relativas a la organización jurídica de sus dominios. Tal como había ocurrido en el siglo anterior, también en el XVII se publicaron algunos en México; así por ejemplo, el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional resguarda un ejemplar de la *\*Recopilación General de las Leyes, Ordenanzas, Provisiones, Cedulas, Instrucciones, y Cartas Acordadas, q' por los Reyes Católicos de Castilla se han promulgado, expedido, y despachado para las Indias Occidentales... desde el año de mil y quatrocientos noventa y dos, que se descubrieron, hasta el presente de mil y seiscientos y veinte y ocho*, obra farragosa del licenciado Rodrigo de Aguilar y Acuña, impresa por Rodríguez Lupercio en 1677.

Otros impresos se inscriben en las ramas del conocimiento científico y humanístico. Entre los primeros, cuentan las obras de cosmografía, historia natural y medicina que antes hemos mencionado al referirnos a los trabajos de Henrico Martínez, Diego Cisneros, Jerónimo Becerra, Gregorio López, Francisco Kino, Sigüenza y Góngora y Osorio y Peralta. Los segundos son, en gran medida, libros para uso de los estudiantes de latín y, particularmente, las explicaciones y aplicaciones de la famosa *Gramática* de Elio Antonio de Nebrija. De las imprentas novohispanas salían en competencia numerosos libros de los que hoy llamamos "de texto", y mientras que la Viuda de Calderón publicaba en 1660 la *\*Construcción y explicacion de las reglas del Genero conforme al Arte de Antonio* del sevillano Diego López; en 1664, Rodríguez Lupercio lanzaba al mercado docente la *\*Explicación del Libro Quarto, Conforme a las reglas del Arte de Antonio de Nebrija*, obra que –decían sus editores– es de lo "más útil y provechoso para los que desean saberlo" (el latín). No menos solicitada por los estudiantes poblanos de los Colegios de San Juan y San Pedro debió haber sido la *\*Explicacion de los Libros Quarto y Quinto de la Grammatica, conforme al Arte de Antonio de Nebrija* que –sin nombre de autor y por orden de don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de la Puebla– publicó Fernández de León en 1685. Para los estudiantes de retórica eran indispensables los florilegios de poesía latina; a los anteriormente anotados se podría añadir aquí el *\*Thesaurus Poetarum. In gratiam iuventutis Poeticæ studiose defossus* de Pedro de Salas, impreso en México por Pedro Robledo, el año de 1641.

Con todo, las obras que dieron mayor quehacer a los talleres mexicanos del siglo XVII fueron los sermones y las llamadas *relaciones* históricas o historiales. Los primeros –escritos y predicados por un clero ansioso de reconocimientos terrenales– se imprimieron a pasto: panegíricos o funerarios, circularon generalmente en breves folletos,

aunque en ocasiones se reunieron en un sólo volumen, ya fuesen de uno o de varios autores. Un ejemplo, que vale por muchos, puede ser el tomo pergeñado por fray Gonzalo del Valle y publicado por la Viuda de Calderón en 1676: la *\*Palestra de varios Sermones de misterios de Christo Señor Nuestro: algunos de su Santísima Madre y de algunos Santos de la Iglesia*, que el autor ofrecía como modelo a los oradores sagrados para que allí tuvieran motivo de “travesear y pelear con sus ingenios, y estudiar más excelentes demostraciones”.

Entre las relaciones de aquellos sucesos que interesaban a toda la sociedad figuran en eminente lugar varios trabajos de Carlos de Sigüenza y Góngora; tal es el caso de los *Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de S. Juan de Puerto Rico padeció, así en poder de Ingleses Piratas... como navegando por sí solo, sin derrota... Consiguiendo por este medio dar la vuelta al Mundo* (Viuda de Bernardo Calderón, 1690) o el *Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692*, que permaneció inédita hasta nuestros días y que algunos críticos quisieran ver como obra precursora de la novela moderna.

Pero no solamente los acontecimientos que podríamos llamar contingentes dieron origen a este tipo de documentos que tienen tanto de crónica como de interpretación de los sucesos narrados; hubo otras relaciones cuyo asunto fueron los *festejos* auspiciados, según las circunstancias, por el Estado o por la Iglesia, o por ambos, en cortesana competencia. Conviene distinguir, tal como hizo en su tiempo Juan de Torquemada, entre las *fiestas* ordinarias, esto es, todas aquellas prevenidas por el calendario romano, y las “fiestas súbitas y repentinas”, que “no son del número de cada año”, sino dispuestas por la autoridad con ocasión de algún acontecimiento de la Casa Real –matrimonios, nacimientos, entronizaciones, cumpleaños y fallecimientos, a más de las entradas de virreyes o altos funcionarios en alguna localidad- o de la Iglesia –la canonización de un santo, dedicación de un templo, muerte de un jerarca, entrada de un obispo, etcétera. Por tratarse de representaciones de carácter simbólico que iban en aumento del prestigio de los poderes establecidos, tanto los *arcos triunfales* levantados para la entrada de un Virrey o un dignatario eclesiástico, como las *piras funerarias* erigidas en ocasión de las exequias de un príncipe, tenían como motivo central una “fábrica” arquitectónica espectacular en cuya elaboración intervenían humanistas, sacerdotes, poetas, arquitectos, pintores, talladores, etc., a quienes correspondía la ideación o la realización de aquellos simulacros efímeros y, sin embargo, tan ingeniosos en sus programas

alegórico-mitológicos como suntuosos en su factura material.

Como las ocasiones de disfrute o de duelo constituían –de hechos los acontecimientos más relevantes de la vida colonial, cada uno de esos *festejos* daba origen a un libro que declaraba las circunstancias que concurrieron en cada uno de ellos, explicaba el programa alegórico en que se sustentaban los emblemas o jeroglíficos con que se adornaban arcos y túmulos, describía las pinturas y demás adornos del monumento efímero, transcribía las poesías que en ellos figuraban y relataba las ceremonias y ritos asociados a cada uno de estos actos de glorificación mundana o sobrenatural. Y así como la carestía del papel fue motivo suficiente para que dejaran de pasar por las prensas muchas obras científicas o literarias escritas entonces<sup>7</sup> –razón por la cual apenas conocemos una mínima parte de la producción artística o intelectual de los ingenios novohispanos- muy pocos festejos carecieron de fondos oficiales para costear su impresión. Por lo que toca al siglo XVII, el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional conserva un buen número de ellos; aparte de los mencionados anteriormente (vgr. el *Neptuno alegórico* de Sor Juana), destacan el *\*Astro Mitológico político que en la entrada y recibimiento del ... Conde Alva de Aliste*, descrito por Alonso de Alavés Pinelo y publicado por Juan Ruiz en 1650; la *\*Historica Imagen de Proezas, emblemático exemplar de virtudes ilustres del Original Perseo*, dedicado al Duque de Veragua, ideado y descrito por dos notorios poetas novohispanos, Miguel de Perea Quintanilla y Diego de Ribera, publicado en 1673 por la incansable Viuda de Calderón, y el *\*Teatro de virtudes políticas que Constituyen a vn Principe: advertidas en los Monarcas antiguos del Mexicano Imperio*, ideado y descrito por Sigüenza y Góngora para la entrada del Marqués de la Laguna e impreso por la Viuda de Bernardo Calderón en 1680.

Las celebraciones religiosas, particularmente si se referían a un misterio dogmático o a la canonización de algún santo, daban motivo para que se convocasen certámenes o palestras literarias que también tenían, generalmente, su *relación* particular. Precisamente la noticia de la canonización del duque de Gandía, tercer general de los jesuitas, produjo –entre otras celebraciones- la convocatoria de un certamen poético que fue publicado en 1672 por Juan Ruiz: *\*Festivo aparato con que la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesus celebró en esta Imperial Corte... los inmarcesibles lauros, y glorias inmortales de S. Francisco de Borja*, libro en el que se recogen tanto los sermones pronunciados en el octavario de la canonización como los poemas premiados en el concurso. Pero fue sin duda el *\*Triunfo Parthenico que en glorias de María*,

*Santissima immaculadamente concebida, celebro la Pontificia, Imperial, Regia Academia Mexicana...*, ideado y descrito por Sigüenza y Góngora e impreso en 1683, no sólo uno de los festejos más notables por el gran número de los ingenios que participaron en el certamen poético, sino además por la pormenorizada descripción que hizo Sigüenza del espléndido adorno del claustro universitario, de “sus opulentos altares y pompa majestuosa de su gran capilla”; todo ello sin contar con que en su edición el impresor Juan de Rivera realizó uno de sus trabajos más notables.

Hemos dejado para el final uno de los géneros literarios que mayor éxito alcanzaron en el mundo novohispano: las hagiografías o vidas de santos y santas. Como es bien sabido, a pesar de las prohibiciones reales de que entrasen en sus colonias los “libros de historias vanas y de profanidad como son los del Amadís”, las novelas de caballerías y, en general toda la literatura de entretenimiento, continuaron llegando a la Nueva España, según consta por las listas de embarque tan agudamente estudiadas por Irving A. Leonard<sup>8</sup>; pero tanto en España como en México, el clero y los moralistas insistían en el daño que esa literatura profana podría representar para la salvación de las almas, de suerte que promovieron la difusión no sólo de los numerosos florilegios de vidas santificadas –los *Flos Sactorum*— sino, más aún, de los relatos de las experiencias sobrenaturales de monjas y beatas que –teniendo como modelo la *Vida* de Santa Teresa de Jesús- dieran pasto a la imaginación sobrenatural y al deseo de alcanzar en vida la perfección cristiana. Parece ser un hecho incontrastable que no se escribieron en el México colonial obras de ficción novelesca, ya fuera porque la imaginación popular estaba plenamente cautivada por otra clase de aventuras, las del alma en busca de su salvación, que era –al decir de un autor- el “mayor negocio” en que se ocupaban los españoles de esos tiempos, ya fuera lo más seguro porque jamás habrían logrado publicarse. El hecho concreto es que los libros de devoción o, más concretamente, las vidas de santas y santos alcanzaron una difusión impresionante.

Ya mencionamos anteriormente \**La estrella de Occidente... Vida y milagros de la Santa Rosa de Sta. María*, publicada por Bartolomé de Gama en 1674, pero no era ese más que un ejemplo entre cientos. Cada impresor procuraba imprimir libros de esta índole, puesto que representaban una doble ganancia, la económica y la de la buena opinión pública. Podrían citarse muchas obras más de este género, pero tenemos que conformarnos con unas cuantas: en 1657, la conspicua

Viuda de Bernardo Calderón lanza al mercado *\*El máximo limosnero, mayor padre de pobres, grande arcobispo de Valencia... S. Thomas de Villanveva*, escrita por el poblano fray Esteban García; en 1672, Rodríguez Lupercio publica una exitosa obra de Pedro de la Vega, *La Rosa de Alexandria... Santa Cathalina Virgen Regia, Doctora Illustre, Martyr Inclita...*, cuyos famosos y comprometidos *Villancicos* escribió Sor Juana en 1691. Y como no podía faltar las santas y santos nacidos en el solar patrio, la misma doña Paula Calderón publica en 1689 la *\*Vida de la Venerable Madre Antonia de San Jacinto, Monja professa de velo negro, y hija... del religiosissimo Convento de Santa Clara de Jesus de la Ciudad de Santiago de Queretaro*, escrita por el padre predicador José Gómez. Y no podían faltar las vidas de los santos criollos, el primero de ellos *\*El apóstol de las Indias, y nuevas gentes S. Francisco Xavier de la Compañía de Jesús*, escrito por Cristóbal de Berlanga y publicado en 1660, que no registró Medina y del que se conserva un ejemplar falto de portada en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

La reseña que antecede sólo aspira a proporcionar al lector una concisa idea de la ingente labor llevada a cabo por los impresores mexicanos del siglo XVII, así como de las obras de ese período que resguarda la Biblioteca Nacional. Este tesoro bibliográfico está abierto a la consulta de todos los interesados en nuestro vasto patrimonio cultural y aún espera ser mejor explorado y conocido por quienes nos dedicamos al estudio de la cultura novohispana.

—José Pascual Buxó

Universidad Nacional de México

### Notas

<sup>1</sup> Cfr. Joaquín García Icazbalceta. *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Nueva edición por Agustín Millares Carlo. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

<sup>2</sup> José Toribio Medina. *La imprenta en México (1539-1821)*. Impreso en Casa del Autor, MCMXII. 8 tomos. Hay una edición facsimilar publicada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM: México, 1989.

<sup>3</sup> Anteponeamos un asterisco a los impresos de los que la Biblioteca Nacional de México posee algún ejemplar.

<sup>4</sup> Cfr. José Mariano Beristain de Souza. *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*. México, 1816. La UNAM publicó una edición facsimilar en 1980.

<sup>5</sup> Cfr. José Toribio Medina. *La imprenta en la Puebla de los Angeles (1640-1821)*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, MCMVIII. Hay edición facsimilar publicada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM en 1991. Véase, además, Felipe Teixidor (Prefacio y compilación). *Adiciones a la Imprenta en la Puebla de los Angeles de J. T. Medina*. México, MCMLXI. Hay también edición facsimilar del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM: México, 1991. Véase, además, José Pascual Buxó (Director). *Impresos poblanos de la Muy Ilustre Biblioteca Palafoxiana. Catálogo comentado (1645-1823)*. Puebla: Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 1998.

<sup>6</sup> Cfr. Ernesto de la Torre Villar. *Breve historia el libro en México*. UNAM, 1999. Tercera ed. corregida y aumentada.

<sup>7</sup> Tanto la *Biblioteca Mexicana sive Eruditorum Historia Virorum qui in America Boreali nati, vel alibi geniti...*, de Juan José de Eguiara y Eguren, México, 1755 (de la cual Ernesto de la Torre Villar inició en 1986 la publicación de una edición facsimilar y redactó la introducción y notas para su traducción al español : *Biblioteca mexicana*. Coordinación de Humanidades: UNAM, 1986), como la *Biblioteca Hiapanoamerica Septentrional* de Beristáin de Souza, arriba citada, dan noticia de las abundantes obras de los ingenios novohispanos que permanecieron manuscritas y expuestas a su desaparición, como en efecto ocurrió. La dispersión del acervo bibliográfico novohispano también se documenta en: José Pascual Buxó. *Impresos novohispanos en las bibliotecas públicas de los Estados Unidos de América. (1543-1800)*. Instituto de Investigaciones Bibliográficas: UNAM, 1994.

<sup>8</sup> Cfr. Irving A. Leonard. *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.